



Refugiados de Ruanda cruzaron la frontera con Zaire huyendo de las matanzas. / AFP



OPINIÓN
MARTA CAÑAS*

Tristes conclusiones, 25 años después

Hace 25 años se desencadenó uno de los episodios más brutales y vergonzosos de la historia moderna. Más de un millón de personas, nunca sabremos en realidad cuántas, perdieron la vida en las matanzas perpetradas en Ruanda y luego en el antiguo Zaire. Lo vergonzoso no fue solo lo que pasó después de aquel 7 de abril, sino todo lo que ocurrió antes y que, aunque menos visible, permitió que se desatara aquella barbarie.

El genocidio de Ruanda representó un fracaso de la humanidad. Nadie, incluidos nosotros, puede negar su responsabilidad. Fallaron muchas cosas, empezando por la comunidad internacional, que tenía medios para prever lo que podía suceder. Más que pasividad, hubo intención de bloquear: se negó el auxilio a millones de personas.

Aparte de las investigaciones en los parlamentos belga y francés, sin ningún reconocimiento de responsabilidad política, no hubo ninguna comisión de investigación por parte de Naciones Unidas o de Estados Unidos. Desgraciadamente, la falta de responsabilidades frente a las tragedias humanitarias sigue siendo la norma.

Ruanda fue, en varios sentidos, la primera vez: nunca habíamos presenciado directamente una masacre de esta magnitud, nunca habíamos perdido a tantos colegas de golpe (cerca de 250 personas) y nunca habíamos pedido abiertamente una intervención armada. El genocidio ruandés nos situó ante muchos de los dilemas que han marcado nuestra trayectoria como organización, y nos hizo comprender que, en circunstancias tan extremas, las organizaciones humanitarias no pueden proteger a la población ni a sí mismas. Lo dijimos entonces: "No se detiene un genocidio con médicos".

Veinticinco años después, la sombra de Ruanda se sigue proyectando sobre la actividad humanitaria y, desgraciadamente, no para mejor. La evaluación realizada por los donantes tras el genocidio y la emergencia de los refugiados concluyó que la acción humanitaria debía implicarse también en las causas políticas de las crisis y no solo en las consecuencias. Desde ese momento se incrementó la presión para que las organizaciones humanitarias alineen sus proyectos con objetivos políticos más amplios, enfoque en detrimento de la necesaria independencia de la acción humanitaria, que la devalúa e incluso la impide.

La triste conclusión es que, si se diera hoy una situación parecida a la de Ruanda, tememos que se repetirían muchos de los errores que se cometieron hace 25 años.

* Directora general de Médicos Sin Fronteras España.



Más de 20 mil niños nacieron de mujeres violadas por la milicia de los hutus, y otros 90 mil quedaron huérfanos. / AFP

250 mil mujeres fueron violadas y contagiadas de VIH durante el genocidio. Más de 20 mil niños nacieron de mujeres violadas por la milicia (y su historia, hasta hoy, tampoco ha sido fácil). Unos 95 mil niños quedaron huérfanos tras el genocidio.

Se utilizaron todas las formas posibles de violencia para atacar al enemigo: mutilaciones, violaciones en masa y asesinatos con machetes, cuchillos y palos. No solo contra los tutsis. En ese grupo también encajaban los hutus moderados y todo aquel que no estuviera de acuerdo con apoyar el exterminio.

El nuevo gobierno y la interahamwe se encargaron de repartir armas y obligar a los hutus a matar a los tutsis. Y los medios, de difundir el odio: "Los tutsis no merecen vivir. Hay que matarlos. Incluso a las mujeres embarazadas hay que cortarlas en pedazos y abrirles el vientre para arrancarles el bebé", se transmitía entonces en la Radio Televisión Libre.

Pero Damas Gisimba, hutu, quien dirigía un orfanato (que hoy mantiene), prefirió arriesgar su vida a participar de la matanza. En las instalaciones en donde al-

bergaba a cientos de niños huérfanos logró esconder a más de 400 personas durante el genocidio. "Sabía que los niños iban a estar muy asustados, yo intentaba calmarlos diciéndoles que no había de qué preocuparse, que Dios nos protegería", asegura en una entrevista con la ONU. A su refugio no solo llegaron niños, sino también adultos. Allí los albergó a todos sin importar su etnia.

"Veo a todas las personas en mi propio reflejo. Ellos tienen la misma sangre que tengo, ellos pueden sufrir como puedo sufrir yo. Si tenemos que morir es necesario para nosotros morir juntos", remarca mientras cuenta cómo los atacantes hutus iban al orfanato todos los días a pedir plata y comida.

Los escondió en los baños y en los techos. Estaban encerrados, no podían moverse, pero podían escuchar todo lo que los milicianos decían cuando iban al sitio. Pronto, los rumores de que estaba resguardando a tutsis se hicieron más fuertes y los hutus se prepararon para atacar. "El momento más difícil fue cuando estos hombres vinieron y me dijeron que sabían que estaba escondiéndolos. Que vendrían a matarme y después a los demás". Pero con ayuda

de Gisimba logró salvarlos a casi todos, excepto a ocho.

En julio de 1994 el FPR, a la cabeza de Paul Kagame (actual mandatario), tomó el control del país. Ruanda estaba devastado, además de la matanza, era un país sin Estado ni instituciones funcionales. La comunidad internacional miró para otro lado después de favorecer durante décadas el sistema de castas que provocó el enfrentamiento. Familias, hogares y comunidades quedaron destruidas y más de

"Ruanda pasó de ser un Estado casi que colapsado, durante el genocidio, a uno de los más organizados y de mayor crecimiento en África".

Jerónimo Duarte

dos millones de personas huyeron del país.

Sin embargo, en estos 25 años Ruanda ha progresado mucho: está entre los 10 países africanos con mayor crecimiento económico anual (8%), es el país del mundo con más mujeres en el parlamento (63%) y la esperanza de vida, según el Banco Mundial, alcanza ahora los 67 años (mientras que entonces era de 29 años). Hoy ocupa el cuarto lugar entre los países más paritarios. ¿Cómo lo lograron?

Tras la tragedia, ambas castas fueron oficialmente eliminadas. En 2003 la nueva Constitución prohibió la diferenciación por etnias, todos serían ahora "ruandeses", a secas. El país tiene muchas lecciones que dar sobre perdón, unidad y crecimiento.

"El caso ruandés es bien interesante, porque después del genocidio lo que tú tienes es la llegada al poder de las víctimas del genocidio, por lo que la aplicación de justicia viene desde las víctimas mismas", afirma Delgado. "Los tribunales *gacaca* fueron una iniciativa de las comunidades para juzgar a los responsables de cometer asesinatos y crímenes contra la propiedad de las personas, siempre y cuando fueran personas del común, no líderes ni dirigentes", complementa. Las "cabezas" fueron procesadas por el Tribunal Penal Internacional para Ruanda, pero su alcance no fue mucho (unos 25 mil sospechosos de genocidio están escondidos en otros países, y solo 22 personas han sido extraditadas al país, de las mil órdenes de repatriación que se remitieron, según datos de la Comisión Nacional de Lucha contra el Genocidio).

En cambio, más de 1 millón de casos fueron procesados en las *gacacas*, y la sanción, generalmente, fue el servicio comunitario, "entonces, lo que terminan haciendo los perpetradores es ayudando a reconstruir Ruanda. Eso hizo más fácil el mismo proceso de restauración y permitió que se reconstruyeran las dinámicas de tejido social dentro de la población. Hoy en día esto es lo que uno percibe cuando visita Ruanda", asegura el profesor, que ha ido al país dos veces después del genocidio.

No obstante, "más que un proceso de reconciliación, lo que se dio fue un acto como de 'echarle tierra' al pasado. Por eso, creo que es importante mencionar que, como le echamos tierra encima, es posible que después el conflicto vuelva y surja, porque no se solucionó de raíz", concluye. ▀